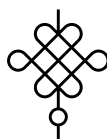


Méndez Vera, L. (2025). *Movimiento Perpetuo, La verdadera historia del mejor trompetista de todos los tiempos. Rafael Méndez: un mexicano ejemplar*, Universidad Autónoma de Zacatecas, 2025, 289 pp.

Luis Díaz-Santana Garza
Universidad de Zacatecas
luis.diaz@uaz.edu.mx



El libro *Movimiento Perpetuo, La Verdadera Historia del Mejor Trompetista de todos los tiempos. Rafael Méndez: un mexicano ejemplar*, de Luis Méndez Vera, nos ofrece un acercamiento a la vida del destacado músico michoacano Rafael Méndez, y al mismo tiempo es un retrato de la enseñanza de la música, así como de los usos, costumbres y creencias de los filarmónicos mexicanos del temprano siglo XX.

El autor describe al padre de Rafael Méndez, Maximino, como maestro de música y gran ejecutante de mandolina, y el hecho de que el primer instrumento musical que le regaló a su hijo cuando este tenía cinco años, el violín, nos hace pensar que la tradición acústica familiar provenía de las orquestas típicas, aquellas agrupaciones que desde finales del siglo XIX mezclaban los instrumentos del canon occidental con artefactos productores de sonido propios de nuestro país, tal como la jaranita, el salterio y el bajo de cuerda, para interpretar tanto oberturas de óperas italianas como sones mexicanos.

Pero don Maximino consideró que el violín era muy grande para su hijo, por lo que le quitó el instrumento, y al poco tiempo le dio un cornetín, que es un instrumento inseparable de las bandas militares y municipales, por lo que podemos afirmar que el paisaje sonoro que Rafael Méndez conoció desde su infancia fue muy similar al de muchos músicos mexicanos prerrevolucionarios: por un lado, la dulce música de cuerda de las orquestas típicas y pequeños ensambles, y por otro, la poderosa música de las bandas de metales y, en su natal Michoacán, seguramente tuvo un contacto muy cercano con el mariachi tradicional, pues el ilustre trompetista tuvo a lo largo de su vida un gran cariño



y admiración por los mariachis, tal como se menciona en diversos lugares de este libro.

Luego de darle el cornetín a su hijo, Maximino comenzó a preocuparse porque el pequeño le dedicaba muchas horas de práctica al instrumento, pues en ese tiempo existía la creencia de que los menores que tocaban instrumentos de metal podían desarrollar tuberculosis debido al esfuerzo que realizaban para producir el sonido. Pero este tipo de creencias extrañas a nosotros eran muy difundidas en el siglo XIX y principios del XX, y como ejemplo una nota de un diario de Zacatecas, donde se daban a conocer los resultados del estudio realizado por el doctor Waesold, miembro de la Academia de Medicina de París. El investigador afirmaba que la neurosis, y clorosis —un tipo de anemia— que sufrían tantas niñas debían ser atribuidas, en gran parte, al abuso del piano, por lo que un editorialista del periódico zacatecano *El Liberal* advertía que era ineludible acabar con la “odiosa costumbre” de obligar a las pequeñas a sentarse al piano antes de los quince años.

Pero fuera de estas creencias inexplicablemente tan arraigadas, debo destacar el panorama de la enseñanza de la música que el libro nos muestra, el cual era habitual en nuestro país desde el siglo XIX, pues cuando don Maximino se dio cuenta de los dotes musicales de su hijo, le pidió que dejara de estudiar a escondidas, proponiéndole ser su maestro de instrumento, a pesar de que, como mencionamos antes, su instrumento principal era la mandolina.

Al tener la creencia de que un músico profesional solamente puede ser educado en un conservatorio o escuela superior de música universitaria, en la actualidad desdeñamos las antiguas formas de enseñar a leer música y tocar instrumentos, pero gracias a este libro podemos ver que la transmisión oral era una forma tan rigurosa, refinada y exigente como las formas de enseñanza académicas, incluso era común que cualquier músico de los pueblos tocara varios instrumentos a un buen nivel técnico, y como ejemplo el autor nos presenta al mismo Rafael, quién además de tocar la trompeta interpretaba con cierta facilidad la guitarra, el guitarrón, el violín, los timbales, tarolas, platillos y tambora. Por si fuera poco, muchos músicos “populares” que aprendían “de oído” conocían el solfeo, la armonía, la composición, y tenían la capacidad de dirigir orquestas y bandas, tal como lo hacía el padre de Rafael, puesto que formó una banda con sus propios hijos desde que ellos eran muy pequeños. De igual manera, esa variedad de conocimientos les permitía interpretar repertorios muy heterogéneos, desde oberturas de óperas famosas y danzas europeas, hasta jarabes y sones del occidente mexicano.

La trayectoria musical de Rafael Méndez también ejemplifica la vida de otros filarmónicos del siglo XIX y XX de cualquier rincón del país, ya que comenzó tocando en plazas y calles, luego carpas y circos, además de bares y

cantinas. Seguramente en esos espacios habría pasado toda su vida, como lo hacían miles de músicos anónimos de nuestro país, de no ser porque decidió radicarse en los Estados Unidos, donde enriqueció su ya de por sí gran conocimiento de géneros musicales, acercándose al jazz, el swing, la música *mainstream* estadounidense, y las grandes bandas. Gracias a su talento, las oportunidades laborales no tardaron en llegar, y con el paso de los años fue consolidando una fama que lo llevaría a ofrecer exitosos conciertos por todo el mundo.

En resumen: este libro no sólo nos presenta anécdotas familiares y profesionales de Rafael Méndez, fotografías de distintas etapas de su vida, y hasta incluye una sección de su discografía, pero sobre todo nos ofrece una gran pintura del panorama musical del México del siglo XX, que incluye las formas de transmisión de saberes, así como la producción, difusión y recepción de la música.